



LA ESPUMA

Nació al arrullo que jugando forma
Entre peñascos cristalina fuente ;
Temblorosa un instante en la corriente,
Mecida por los céfiros bogó.
La tibia luz de la naciente aurora
En mil colores se trocó al mirarla ;
Á su paso, la flor al saludarla
El perfumado cáliz inclinó.

Quiso jugar con ella el cierzo leve
Enamorado de sus ricas galas,
Y al tocarla no más con tenues alas
Su efímera existencia arrebató.
Así la dicha fué que el alma mía
Creyó gozar un rápido momento ;
Que al tocarla del mundo el vago viento
Cual la espuma fugaz se dispó.



ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

En el Prólogo de un tomo de poesías que con el título de *Ecos perdidos* publicó Gómez Restrepo en París, dice D. Rufino J. Cuervo : « Cuando en 1890 publicó *La Nación* de Bogotá la poesía titulada *Amor supremo*, la leímos en casa con tanto deleite que, al reproducirla en un periódico de París, anunciábamos que sería aplaudida de los cono- cedores por la armonía de la versificación, la nitidez del lenguaje y lo profundo del sentimiento, y lamentábamos que fuera parte del plan de la composición ocultar su nombre el autor, porque el del verdadero poeta de todos ha de ser conocido. » Superfluo sería lo que nosotros agregá- semos á tan autorizada opinión. Gómez Restrepo, que desempeña actualmente el puesto de secretario de la Lega- ción de Colombia en Madrid, nació en Bogotá el 13 de Enero de 1869.

AMOR SUPREMO

¿ No has visto, amiga mía,
La lamparilla que ante el ara enciende
La fe cristiana y pía,
Que huye los rayos fúlgidos del día
Y entre las sombras de la noche espande ?
Apacible y modesta,

Ardiendo muda, á su Señor adora,
 Lo mismo en medio de ruidosa fiesta,
 Cuando los sones de armoniosa orquesta
 Hacen vibrar la bóveda sónica,
 Que cuando reina la quietud nocturna,
 Amiga del misterio,
 Y extiende entre la sombra taciturna
 El sueño blando su callado imperio.
 Nada la turba : si la inquieta brisa
 Sus impalpables alas desplegando
 Llega á rozarla, temblorosa oscila
 Y lame el borde del cristal la llama ;
 Mas luego, reavivándose, tranquila
 Sobre el altar su resplandor derrama.

Tal es mi amor ; ante tus aras arde
 Y mis entrañas sin cesar devora,
 Ama el silencio, la doblez ignora
 Y odia la pompa de mundano alarde ;
 Despierto lo halla la rosada aurora,
 Lucir lo ven las sombras de la tarde,
 Y cuando reina oscuridad profunda
 Mi quieta estancia con su luz inunda.

Del mundo á veces el turbión deshecho
 Fiero me embiste y lo resisto en vano,
 Y en loca exaltación ardiendo el pecho
 De la vida me arrojo al oceano ;
 Ni ¿ quién puede esquivarse á la pelea
 Que con fragor los ámbitos asorda ?
 ¿ Quién mirar impasible la marea,
 Que crece, que amenaza y que desborda ?

¿ Ni qué alma noble permanece sorda
 Si la llaman las lides de la idea ?

Mas entre el fiero estrago
 Fué tu recuerdo impenetrable escudo,
 Fué talismán benéfico que pudo
 Sacarme ileso del turbión aciago.
 ¡ Ah ! sí, que cuando el cielo
 Se encapotaba en tenebroso velo
 Y me ocultaba la segura vía,
 Buscando á mi alma bienhechor consuelo,
 Á tus plácidos ojos lo pedía :
 Y á su fulgor, tornaba halagadora
 La dulce paz al pecho palpitante,
 Y con voz exclamaba triunfadora :
 ¡ Qué importa que la mar ruja traidora
 Si el puerto de salud no está distante !

¡ Ah ! cuántas veces en la edad florida,
 Que el sol de juventud de encantos baña,
 El hombre siente palpitar la vida
 Y al peso cede de emoción extraña
 Que ofusca y ciega su razón serena
 Y con pérfidos lazos lo encadena ;
 Y por la senda del placer avanza
 Precipitado en rápida carrera,
 Hasta que al fin al vórtice se lanza
 En cuyo fondo desolado y mudo
 Entre las sombras el Despecho impera
 Mostrando al alma, de piedad desnudo,
 Lo que siguiendo á la virtud ser pudo
 Y lo que quiso su abyección que fuera.

Dios me salvó del proceloso abismo
 Dándome en ti mi salvadora guía,
 Que rugir la tormenta entre mí mismo
 Al empezar la juventud sentía ;
 Pero te ví y tu encanto
 De celestiales resplandores lleno,
 De negra sombra desgarrando el manto,
 Calmó el hondo tumulto de mi seno :
 Durmiéronse las olas,
 Huyó la Duda, la Esperanza vino
 Y alzóse, circundada de aureolas,
 La Fe á mostrarme mi final destino.
 Todo lo debo á ti, pues ¿ cómo osara
 Rendir tributo á frívola hermosura,
 Cómo insanos deleites codiciara,
 Si eres tú la deidad que alcé en el ara,
 Hermosa al par que recogida y pura ?
 ¿ Cómo de lodo salpicar mi frente,
 Cómo manchar con el error mi labio,
 Si á mi lado tu imagen siempre asiste,
 Y sé que grave y triste
 Me reprendiera el atrevido agravio ?
 ¿ Cómo no orar con fervoroso celo
 Cuando te miro en templo solitario
 Como ángel bello que bajó del cielo,
 Y yace oculto bajo humano velo
 En muda adoración ante el Sagrario ?

Tú eres la Musa que á la indócil lira,
 Que á mis halagos respondió insonora,
 Diste la voz con que de amor suspira
 Y tus amargas esquiveces llora.

Antes sumido en hórrido marasmo
 Sin rumbo alguno mi vivir corría,
 La ola de la emoción y el entusiasmo
 Entre mi helado corazón dormía ;
 Tú la agitaste : con asombro y pasmo
 Ví despuntar en mi horizonte el día,
 Y al brillar de tu sol los resplandores
 Cantando coronaron los amores
 De la ilusión el árbol bendecido,
 Cual bandada de alegres ruisseñores
 Que dulces cantan al formar el nido ;
 Y eternizar queriendo tu hermosura
 Y acompañar mis infantiles goces,
 Con ansia viva demandé á Natura
 El concierto infinito de sus voces,
 Y el mar y el bosque umbrío
 Y el murmurante río
 Que rueda y huye sin saber adónde,
 Y el ave agreste, y la errabunda abeja,
 Y el viento que en los árboles se queja
 Y el eco que á lo lejos le responde,
 Tu idolatrado nombre repitieron
 Y sus varios acentos me prestaron,
 Las sílabas amantes sonrieron,
 Y en melódico ritmo se enlazaron.

¡ Ay ! y nunca tal vez sabrás, hermosa,
 El fuego ardiente en que por ti me abraso,
 Y me verás con ojo indiferente
 Descender de la vida la corriente
 Y perderme en las sombras del ocaso ;
 Que no á mi nombre oscuro

Puédense unir los ínclitos blasones
 Del nombre tuyo, que sin par fulgura,
 Ni alcanzarán mis débiles canciones
 Á alzar mi pequeñez hasta tu altura.
 Mas ¡ay! aunque el destino
 Quiera romper de mi pasión los lazos,
 Alejando del tuyo mi camino,
 Jamás aleve romperé en pedazos
 El ara santa en que te rindo culto;
 Y si en la odiosa realidad te pierdo,
 De mi alma amante en el retiro oculto,
 Unido viviré con tu recuerdo.
 No serás para mí la hermosa niña
 Ingenua y hechicera,
 De blando seno que al amor provoca,
 De nivea tez, de negra cabellera,
 Rasgados ojos y menuda boca,
 Que surgiendo de pronto en mi carrera
 Cambió al infante soñador en hombre,
 Haciéndome entrever en lontananza,
 Á la engañosa luz de la esperanza,
 Un mundo nuevo de placer sin nombre;
 Pero serás el símbolo bendito
 Del Ideal que el corazón anhela
 Para calmar su duelo de proscrito,
 Que vislumbres nos da de lo Infinito
 Cuando en formas sensibles se revela.
 No arrancarás con tu mirada ardiente
 Al muerto corazón palpitaciones,
 Pero darás fulgores á mi mente
 Y á mi arpa débil inmortales sonos.

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ

Éste es uno de los poetas de la nueva generación cuyas composiciones se leen hoy con más gusto por los conocedores. No hace versos sino ocasionalmente, pues vive entregado á las labores comerciales. Fernández nació en Medellín, Departamento de Antioquia.

EN EL TEMPLO

Refugio del espíritu creyente,
 Capitolio del Rey de las alturas,
 Abismo á donde van cual río ingente
 Y en humano turbión las desventuras,

Tú tienes para todos techo amigo,
 Para pueblos y reyes enseñanzas,
 Opulencia inmortal para el mendigo,
 Para el soldado eternas esperanzas.

Nace el infante y luego en tu piscina
 Lava su culpa original primera;
 Ama el adulto y bendición divina
 Le brindas tú y amante compañera.

De sur á septentrión, de ocaso á oriente
Humanas greyes en rebaño inmenso,
A ti confluyen, entre casto ambiente
Y nubes albas de fragante incienso.

Eres redil de vírgenes cristianas,
Y penúltima cita de los muertos,
De donde al triste son de tus campanas
Van á yacer en los sepulcros yertos.

De oraciones maternas rebosantes
Sollozan tus penumbras y rincones,
Cuando quizá entre copas embriagantes
Lanza el hijo hasta Dios sus maldiciones.

La golondrina como niño alado
Entra por las ojivas en tu seno ;
Es la inocencia que huye del pecado
Y busca el bien de que te encuentras lleno.

Te alzas á estilo de los templos godos,
Ó cual toscano y dórico modelo ;
Grande, porque eres el hogar de todos,
Alto, porque eres símbolo del Cielo.

Bajo los brazos de la Cruz te ufanas,
Tu majestad el pensamiento absorbe,
Y el robusto clamor de tus campanas
Llena la vasta redondez del orbe.

Al diapasón de tus sagradas notas,
Cuando vibra el tremendo Miserere,
Sienten las almas sus pasiones rotas
Y sed de lo alto sus entrañas hiera.

Ya en ti no se alza Venus Cítereas
Ni se rinden á Júpiter tributos :
El resplandor de la cristiana idea
Avergonzó á los dioses disolutos.

Huyeron las vestales de tus aras,
¿ Ni quién en tus baldosas sangre ha visto ?
Te quedaron imágenes preclaras
Y Rey entre ellas se levanta Cristo.

Y vive en tus sagrarios, blanca y pura,
Hostia que engendra luz y da sustento ;
Astro del alma que al mortal augura
La santa eternidad del pensamiento.

Te consagran las artes sus primores,
Naturaleza fértil su opulencia,
El corazón humano sus dolores,
Y sus hondos secretos la conciencia.

Y pasan años, y centurias, y evos
Sobre tus gruesas torres descollantes,
Y se yerguen tus muros siempre nuevos,
Siempre hermosas tus cúpulas triunfantes.

Y cuando todo en el postrero día
Se hunda, de ruina y de terror ejemplo,
Tú te alzarás, grandioso todavía,
Porque ¿ qué es el espacio sino un templo ?



ROBERTO MAC DOUALL

Desde que Mac Douall publicó *El joven Arturo*, que tanta polvareda levantó en la prensa á causa de su intención política, dejó bien sentada su reputación de poeta. Es lástima que las proporciones que debemos guardar en esta Antología, no nos permitan insertar ese poema, relativamente largo. No obstante, para juzgar del buen gusto del autor, basta su sentida composición *Á mi hermana Elena*. Mac Douall nació en Zipaquirá, Departamento de Cundinamarca, el 6 de Septiembre de 1842.

A MI HERMANA ELENA

EN EL DÍA DE SU MATRIMONIO

Abandonás tu hogar, modesto asilo,
Apartado y tranquilo,
Donde corrieron tus primeros años ;
Jardín donde la flor de tu inocencia
Derramaba el tesoro de su esencia
Lejos de mundanales desengaños.

Vas á tender el atrevido vuelo
 En busca de otro cielo
 Que con sus esplendores te convida ;
 Tiendes, paloma cándida, las alas,
 Tu último arrullo en este albergue exhalas
 Al empezar el vuelo de la vida :

Vas á seguir en pos de tu destino
 El áspero camino
 Que Dios á la mujer ha señalado ;
 Abandonas tu hogar y hasta tu nombre,
 Y á impulso del amor sigues al hombre
 A quien hoy ante el ara has aceptado.

Hoy doblarás la cumbre de la vida.
 Desde allá, cónmovida,
 Arrasados en lágrimas los ojos,
 Mirarás este asilo de tu infancia
 Perderse como un punto en la distancia
 Que baña el sol con sus fulgores rojos.

Y en él fuiste feliz. Bajo este techo
 Nuestro mundo era estrecho,
 Pero bastó á encerrar nuestra ventura ;
 No tuvimos tesoros ni opulencia,
 Mas tuvimos la paz de la conciencia,
 Fuente de dicha sempiterna y pura.

Jamás del mundo pérfido los males
 Salvaron los umbrales
 De esta choza olvidada y escondida ;
 El turbión mundanal contra ellos choca,
 Cual contra el flanco de la inmóvil roca
 Rompe sus olas mar enfurecida.

Dos veces solamente hemos llorado,
 Pero ésas han bastado
 Para sumirnos en horrible duelo,
 Para eclipsar el sol de la ventura
 Y en una nube lóbrega y oscura
 Envolver el fulgor de nuestro cielo.

Por dos veces la muerte despiadada,
 Inexorable, airada,
 Llamó con dura mano á nuestra puerta,
 Y vimos del hogar la dulce calma
 Con pedazos queridos de nuestra alma
 Rodar en una sepultura abierta.

Mas nos queda el hogar, asilo santo
 Do corrió nuestro llanto,
 Lejos del mundo que el dolor condena ;
 Aquí escondido, bajo humilde techo,
 El corazón en lágrimas deshecho
 Pudo entregarse á su terrible pena.

Y hoy abandonas el amado nido
 Do alegres han corrido
 Nuestras horas de plácida alegría ;
 Este rincón donde lloramos tanto,
 Cuando tan sólo en un raudal de llanto
 Un alivio encontró nuestra agonía.

Acaso temblarás al ver delante
 El mundo que distante
 En tus cándidos sueños entreviste.
 No tiembles : sigue sin temor ni duda,
 Que la virtud tu porvenir escuda
 Y á su inmenso poder nada resiste.

Esa frente ceñida de azahares,
 Del mundo los pesares
 No mancharán jamás, con lodo inmundo :
 Guarda un destello del fulgor divino
 Y nada temas : tu feliz destino
 Será el del ángel que atraviesa el mundo.

¡ Padre querido ! tú, que desde el cielo
 Con paternal anhelo
 Velas por los que amabas en la tierra ;
 Tú, que incesante en la labor prolija,
 En el alma purísima de la hija,
 Sembraste las virtudes que ella encierra ;

Tú, que cruzaste el campo de la vida
 Cual la fuente escondida
 Que esparce en sus riberas la frescura ;
 Tú, que venciste al mal en ruda guerra,
 Sin que alcanzara el lodo de la tierra
 A manchar tu alma virginal y pura,

Acoge mi plegaria, padre mío,
 Como blanco rocío
 Caiga tu bendición sobre su frente ;
 Aparta de su senda los abrojos,
 Las lágrimas aparta de sus ojos,
 Y las sombras del duelo, de su mente.

Haz que cuando termine su jornada,
 Su frente inmaculada
 Guarde de su inocencia los fulgores ;
 Pueda ella, como tú, tender el vuelo,
 Dejar la tierra y remontarse al cielo
 Pura como el perfume de las flores.

Y á mi madre, la dulce compañera
 Que en tu ruda carrera
 La dicha y el dolor partió contigo ;
 La que invocando tu recuerdo santo
 Baña con los raudales de su llanto
 La cruz que presta á tu sepulcro abrigo ;

Á mi madre infeliz dale consuelo,
 Hoy cuando tiende el vuelo
 La prenda de su afecto peregrino ;
 Haz que recobre la perdida calma,
 Infunde nuevas fuerzas en esa alma
 Hasta que llegue al fin de su camino.

Al entregarte al hombre generoso
 Que eliges por esposo,
 ¿ Qué más puedo yo hacer, hermana mía,
 Que invocar de mi padre la memoria ?
 Él velará por ti desde la gloria,
 Él, que tanto te amó, será tu guía.

Tu madre ha bendecido ya tus lazos ;
 Si sufres, en sus brazos
 Hallarás contra el mal seguro abrigo ;
 Yo, que tu gracia virginal adoro,
 En nombre de ese padre por quien lloro,
 En nombre de mi padre te bendigo.



ARCESIO ESCOBAR

Por no tener á la mano algunas composiciones originales de este notable poeta, insertamos *La Partida*, traducción de Byron, que es la única suya que figura en la obra de la Academia Española. Escobar nació en Medellín, Departamento de Antioquia, el 16 de Julio de 1832, y murió en un viaje de Colón á Nueva York el 9 de Febrero de 1867.

LA PARTIDA

(TRADUCCIÓN DE BYRON)

¡ Todo acabó ! La vela temblorosa
Se despliega á la brisa de la mar,
Y yo dejo esta playa cariñosa
En donde queda la mujer hermosa,
¡ Ay ! la sola mujer que pude amar.

Si pudiera ser hoy lo que antes era
Y mi abatida frente reclinar
En aquel seno que por mí latiera,
Quizá no abandonara esta ribera
Y á la sola mujer que pude amar.

Yo no he visto hace tiempo aquellos ojos
Que fueron mi contento y mi pesar :
Hoy los amo á pesar de sus enojos ;
Pero abandono á Albión, tierra de abrojos,
Y á la sola mujer que pude amar.

Y rompiendo las olas de los mares
Á tierra extraña patria iré á buscar ;
Mas no hallaré consuelo á mis pesares
Y pensaré desde extranjeros lares
En la sola mujer que pude amar.

Como una viuda tórtola doliente
Mi corazón abandonado está ;
Porque en medio la turba indiferente
Jamás encuentro la mirada ardiente
De la sola mujer que pude amar.

El ser más infeliz halla consuelo
En brazos del amor ó la amistad ;
Pero yo, solo en extranjero suelo,
Remedio no hallaré para mi duelo
Lejos de la mujer que pude amar.

Mujeres más hermosas he encontrado,
Mas no han hecho mi seno palpitar ;
Que el corazón ya estaba consagrado
Á la fe de otro objeto idolatrado,
Á la sola mujer que pude amar.

¡ Adiós, en fin ! Oculto en mi retiro,
En el ausente nadie pensará,

Y ni un solo recuerdo, ni un suspiro
Me dará la mujer por quien deliro,
¡ Ay ! la sola mujer que pude amar.

Comparando el pasado y el presente
El corazón se rompe de pesar ;
Pero yo sufro con serena frente,
Y mi pecho palpita eternamente
Por la sola mujer que pude amar.

Su nombre es un secreto de mi vida
Que el mundo para siempre ignorará,
Y la causa fatal de mi partida
La sabrá sólo la mujer querida,
¡ Ay ! la sola mujer que pude amar.

¡ Adiós ! quisiera verla... mas me acuerdo
Que todo para siempre va á acabar....
La patria y el amor, todo lo pierdo....
Pero llevo el dulcísimo recuerdo
De la sola mujer que puedo amar.

